

14° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 10.09.2013

Continuaré hoy, y también mañana, meditando sobre la paz en la Regla, para completar la profundización de este tema, motivada por la llamada del Papa Francisco a orar por la paz en la crisis actual.

Otro capítulo de la Regla, en el que se menciona la paz, es el largo capítulo 53, que trata de la acogida de los huéspedes en el monasterio. Sabéis que san Benito nos pide acoger a todos los huéspedes “*tamquam Christus* – como al mismo Cristo”, porque Él nos ha dicho: “Era forastero y me acogisteis” (RB 53,1; Mt 25,35).

Después, san Benito describe los gestos con los que la comunidad debe expresar esta acogida, y, entre otras cosas, dice: “Una vez que ha sido anunciada la llegada de un huésped, irán a su encuentro el superior y los hermanos con todas las delicadezas de la caridad. Lo primero que harán es orar juntos, y así se unirán en la paz (*sibi socientur in pace*). Este ósculo de paz no debe darse sino después de haber orado, para evitar los engaños diabólicos” (RB 53,3-5).

Aquí se nos describe la paz como la culminación del encuentro y de la comunión con Cristo, que se nos pide vivir acogiendo a los demás, acogiendo a quien es extraño. El ir al encuentro del huésped, el rendirle honores (RB 53,2) y la caridad hacia él (v. 3), culminan en la comunión de la oración que nos une al otro en la paz. Esta es la concepción de la paz que he descrito en los últimos capítulos: una paz que no es nuestra, que es don de Dios, y que, por lo tanto, debemos pedir en la oración.

Benito nos pone en guardia para que no pretendamos una relación de paz con el otro sin oración, es decir, sin pasar a través de la relación con Dios, a causa, dice, de las “ilusiones diabólicas”. Ilusiones diabólicas que no son tanto el peligro de acoger al diablo en lugar del huésped, sino, diría más bien, el peligro de ilusionarse con poder vivir una relación de fraternidad y de comunión solo a partir de nuestra buena voluntad, de nuestra generosidad y bondad, o de nuestras ceremonias, porque, entonces, el encuentro y la relación con el otro tiene solo la consistencia de nuestro voluntarismo, y, por lo tanto, es frágil, no está libre de nuestro deseo de afirmarnos a nosotros mismos y de ser elogiados y admirados por el otro. Sería una relación llena de pretensiones hacia uno mismo y hacia el otro; no una relación gratuita, una relación entre pobres, en resumen, una relación entre hermanos como hijos de Dios.

Esto es válido para todo encuentro, no solo para la acogida de los huéspedes; y debería valer, sobre todo, para las relaciones en comunidad. ¡Cuántos monjes y monjas son ángeles de dulzura y caridad con los huéspedes y demonios de dureza y desprecio en comunidad! A menudo, la paz y la armonía que reinan en la hospedería no se encuentran en la comunidad. No debemos olvidar que, si san Benito pide aquí una oración especial antes del encuentro con el huésped, el Oficio divino es aquella oración que continuamente precede y debe caracterizar los miles de encuentros cotidianos con los hermanos y las hermanas de nuestra comunidad.

Esta regla, esta disciplina de la oración que precede el encuentro con el otro, debería ser para nosotros un “estado de vida”, como la verdadera naturaleza de nuestro vivir, la posición constante de nuestro corazón. Pienso siempre en la ocasión en que me he encontrado con la Beata Madre Teresa, un año antes de su muerte. Esto es precisamente lo que me ha impresionado en ella: una persona que te encuentra siempre a partir de su relación con el Señor, por lo que después del encuentro con ella te queda la sensación, incluso física, de haber encontrado a Cristo, Su mirada, Su palabra, Su Corazón. Quien te encuentra reconociendo en ti a Cristo, te da también a ti el encontrar con más profundidad al Señor, y te deja un mayor conocimiento de vivir siempre con Jesús.

Por lo tanto, en el capítulo 53 nos dice san Benito: “*primitus orent pariter, et sic sibi socientur in pace*” (RB 53,4). Literalmente: “lo primero que harán es orar juntos, y así se asociaran en la paz”. Hay un matiz que es importante señalar: la oración de la paz que precede la comunión es ya una oración hecha junto al otro, en este caso, junto al huésped. Más aún, es una oración hecha por toda la comunidad junto al huésped. No siempre es posible llevarlo a la práctica, sobre todo si el huésped no es creyente, pero es importante que tengamos presente esta dimensión de la oración y del encuentro con el otro. En cierto sentido, debemos buscar unirnos, personalmente y como comunidad, a la oración del corazón del otro, que, quizá, es un gemido profundo de su alma, de su sufrimiento escondido, que nadie ve, y del que ni siquiera él mismo es consciente. El Espíritu Santo, escribe san Pablo a los Romanos, “intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Rm 8,26-27). Hay una oración inexpresada del Espíritu Santo al Padre en cada corazón humano, una oración que Dios percibe, y a la que podemos siempre unirnos silenciosamente. Y este es, en el fondo, el secreto de un encuentro intenso con cualquier persona, y de la comunión de paz que podemos vivir con ella, más profunda que cualquier conflicto, que cualquier división superficial.

Deberemos pensar en esto sobre todo cuando rezamos el Oficio divino y celebramos la Eucaristía, porque es normalmente ahí donde rezamos hoy con los huéspedes y visitantes del monasterio, y es ahí donde toda la comunidad reza con ellos. Pienso que esta conciencia nos ayudaría a vivir con más intensidad el valor y el significado de nuestra liturgia comunitaria.

En realidad, más que decir que la oración debe “preceder” el encuentro con el otro en la paz, debemos entender que la oración debe “llevar” al encuentro, siendo su fuente profunda, su raíz escondida y permanente. El encuentro mismo es oración para quien lo vive con el deseo de acoger a Cristo en el otro, de “adorar a Cristo” en el huésped (RB 53,7). Para Benito, cada encuentro debe ser oración, porque cada encuentro es relación con Cristo. No podemos “asociarnos en la paz” sin unirnos en Cristo. Porque, como escribe Pablo a los Efesios, Cristo mismo “es nuestra paz” (Ef 2,14).

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist